

PALOMA DÍAZ-MAS

*Lo que aprendemos
de los gatos*



Los seres humanos —piensa el gato— tienen una irremediable tendencia a entender las cosas al revés. Por ejemplo, si ven un libro que se titula *Lo que aprendemos de los gatos*, probablemente creerán que trata de lo que los humanos pueden aprender acerca de los gatos, para conocerlos mejor (cosa que, dicho sea de paso, tampoco estaría de más); sin embargo, para cualquiera que sea capaz de pensar con claridad, resulta evidente que *Lo que aprendemos de los gatos* significa otra cosa: lo que los humanos pueden aprender a partir de los gatos, es decir, lo que los gatos pueden enseñarles. Este tipo de errores se producen porque los humanos parten de la absurda creencia de que son animales superiores, cuando todo el mundo sabe que los animales superiores son los gatos. Los gatos —piensa la autora de este libro— tienen mucho que enseñarnos, pero para ello hace falta que estemos atentos y dispuestos a aprender. Son cariñosos, pero nunca sumisos, así que nos enseñan a pactar nuestra convivencia día a día. Confiados solo si sabemos ganárnoslos poco a poco, ejercitando la virtud de una conquista paciente. Domésticos e independientes, como fieras aclimatadas a nuestro hábitat. Los creemos indefensos, pero en realidad están mucho más preparados para sobrevivir que nosotros. Bajo su piel de seda se ocultan las garras de una fiera y un cuerpo atlético envidiable. Y, cuando los vemos jugar, exhibiendo su magnífica forma física, o dormir plácidamente sobre nuestro sillón favorito (sí, ese sillón donde los gatos nunca nos dejan sentarnos) envidiamos también su capacidad para vivir intensamente ese instante; sin atormentarse, como hacemos nosotros, por un pasado que ya no existe y un futuro que tal vez no llegue. Un libro que es una joya para cualquier buen lector, y desde luego absolutamente indispensable para todos los amantes de los gatos.

A un caballero que lloró con su esposa una pequeña pérdida

Pasaron por nuestras vidas cautelosos
como quien pisa sobre almohadillas de algodón;
capaces de andar sobre vidrio sin quebrarlo,
de rozar una copa sin derramar una gota siquiera.
Sabios en escoger en verano la sombra más fresca,
en invierno, el calor de nuestros cuerpos dormidos.
Andaban por la casa dejando una estela
de inaprensibles briznas de oro o nácar.
Cuántas veces nos quitaron nuestro sitio,
que era también su lugar favorito,
y nosotros, reyes destronados y enormes,
fuimos a acomodarnos —es un decir—
en el más incómodo asiento de la casa.
Cuántas veces sosegaron nuestra angustia
con ese rumor que vibra en su garganta.
Les dimos cuanto quisieron;
lo aceptaron ellos
con la majestad de quien nada ha pedido.
Y a veces nos poseía la extrañeza
de haber metido en casa una fiera terrible,
una fiera armada de garras y de dientes
que con lengua de lija peina su seda al sol.
Al fin murieron:
apenas un suspiro
y quedó de ellos un jirón de piel suave, casi nada,
sigilosos y dignos

en la muerte como en la vida.
Así fueron nuestros gatos
y aún ahora,
muchos meses después,
de vez en cuando,
encontramos
un pelillo de seda en nuestras ropas.

ESTEBAN VILLEGAS, *Vida cotidiana*, 1995

Un gato

En el jersey negro que acabo de ponerme he encontrado uno, dos hilillos de oro. Tomo uno de ellos entre los dedos —no me resulta fácil porque, pese a su delicadeza, la fibra se adhiere con fuerza a la lana del jersey, como si estuviera entrelazada con ella— y lo observo. Si mi vista fuese mejor o pudiera observarlo con una lente de aumento, ya sé lo que vería con toda nitidez: la fibra dorada no es de un solo color, sino que tiene tres tonos, el rubio dorado oscuro, el blanco y, entre uno y otro, un suave color crema tan delicado que resulta difícil distinguirlo. Son las rayas que tenía Tris-Tras, que murió hace ya cuatro meses. Su capa de gato europeo dorado aparentaba estar hecha de pelos de distinto color pero, en realidad, cada uno de sus pelillos repetía en miniatura el dibujo de la piel del gato entero.

Cada dos por tres encontramos, todavía, sus huellas por la casa: un pelo que se adhiere a nuestra ropa o que aparece en un cojín del sillón; el enganchón que hizo con sus uñas en la mejor colcha de nuestra cama, una colcha que ella mullía como quien ordeña, antes de dar tres vueltas sobre sí misma y acomodarse en la parte más confortable; la aparente suciedad de la parte baja de la mesa resulta ser la marca de la grasa de su pelaje y, de repente, la recordamos frotando su mejilla, su cuello y su lomo contra esa pata del mueble, marcando el territorio que ella tenía como suyo, un territorio en el cual nosotros vivíamos de prestado, como huéspedes bienvenidos o, mejor dicho, bien tolerados.

La primera vez que pasó esto fue en un viaje transoceánico. Llegué al hotel por la tarde, aproximadamente a la

misma hora en que había salido del aeropuerto de origen (el avión había luchado infructuosamente contra los husos horarios y nos encontrábamos en el mismo punto de partida de un día larguísimo), y al abrir la maleta lo primero que vi fue una hebra de oro incrustada en mitad de la solapa del traje de chaqueta que pensaba ponerme en la reunión de trabajo más formal de mi estancia. Me hizo gracia que Tris-Tras, que se había quedado en casa, me hubiese acompañado hasta el otro lado del Atlántico, representada por aquella hebra que parecía de seda. Tomé el pequeño filamento y lo deposité con cuidado en un pliegue de los gruesos cortinones de cretona que cerraban la ventana: quería dejar ahí aquel recuerdo de un animal que allí nunca estuvo ni estaría, una presencia virtual. Tal vez siga aún en el mismo sitio.

A lo largo de los años, hemos ido sembrando el mundo con menudos rastros de Tris-Tras. Los hemos llevado encima sin sentirlos y los hemos diseminado por aviones, trenes y autobuses, en nuestro coche, en la calle, en los comercios, en las butacas de los cines y en los sofás de las casas de nuestros amigos; desde allí un ejército de desconocidos los transportaron consigo, sin darse cuenta, hasta muy lejos, a unos lugares en donde nunca estuvimos; algunas hebras doradas han llegado hasta el mar, otras se han perdido en los bosques por cuyos senderos hemos paseado sus portadores. Las hebras sedosas —cada una de las cuales tiene tres colores sutiles, como teñidos a propósito— se habrán esparcido por rincones lejanos de un mundo globalizado. Es lo que queda de Tris-Tras, ahora que ella ya no está. Ese animal se marchó dejando el mundo lleno de pelos.

Seguimos repitiendo, sin querer, los viejos gestos, ahora innecesarios: dejar todas las puertas un poco entreabiertas para que Tris-Tras pueda circular libremente por la casa, porque los gatos no soportan verse encerrados en una habitación. Tener cuidado de cerrar bien las ventanas, no sea

que se vuelva a precipitar desde un segundo piso, como ya pasó una vez; y nos da un vuelco el corazón cuando pensamos que ahora ya podemos tener las ventanas abiertas de par en par: esa libertad nuestra recién adquirida nos deja una sensación de vacío y un regusto triste. A la hora de costumbre pensamos «tengo que ponerle comida y agua limpia», para caer en la cuenta de que no hay ya a quien dar de comer ni de beber. Y a veces, cuando pasamos ante la puerta de cualquier habitación, echamos una ojeada para comprobar dónde está el gato, que ya no está.

Murió con la dignidad con que saben morir los animales. Delicada como era, tuvo el detalle de morir un día en que estábamos todos en casa: no en uno de tantos días de diario en los que cada cual marchaba a su trabajo y Tris-Tras se quedaba sola, disfrutando de los múltiples cojines, sillones y alfombras a su servicio; hubiera sido un dolor haber regresado del trabajo y haberla encontrado enferma, agonizando o quizás ya muerta. Pero no: murió un sábado por la mañana, dándonos tiempo a despedirnos y a verla marchar.

La noche anterior había estado como siempre, jugando con nosotros —gata anciana que todavía era capaz de jugar, que perseguía hilitos por la alfombra o deshilachaba con vigor las tapicerías, afilándose las uñas en todos los sillones—, había comido y bebido igual que cualquier día y se había arrellanado en nuestro regazo mientras descansábamos sentados en el sofá. Nos extrañó que, al levantarnos y subir las persianas, no saliera, como solía, a saludar al sol con maullidos entusiastas. Tuvimos que buscarla y la encontramos escondida debajo de una mesa, con los ojos cerrados y una debilidad de muerte; contra su pulcra costumbre, había hecho sus necesidades sobre la alfombra.

Cuando la sacamos del rincón, las patas apenas la sostenían, pero casi arrastrándose fue a buscar otro rincón oculto. Mala señal: los animales se acochan para morir, co-

mo si supieran que uno muere solo y lo mejor en ese momento es evitar cualquier compañía.

La tomamos en brazos para meterla en el cajón de transporte y apenas pesaba; su cuerpecillo peludo tenía la consistencia de uno de esos horribles aditamentos de peletería que en tiempos se ponían las señoras en torno al cuello: un bicho muerto y curtido —visón, marta o zorro— con ojos de cristal, que incomprensiblemente se llevaba como adorno.

Se dejó introducir en el cajón de transporte pasivamente, sin resistirse como otras veces, y se ocultó en el fondo como si quisiera esconderse. Durante el tiempo de espera en la consulta del veterinario pareció espabilarse un poco: se dio la vuelta y nos miró, con una extraña serenidad, a través de los barrotes; llegó a maullar con energía —con su energía habitual: un maullido autoritario y exigente— pidiendo que la sacásemos de allí. Un perro con la pata escayolada se acercó a husmear, pero fue enseguida retirado por su dueña. Nosotros aguardábamos con el corazón encogido y no sabíamos qué temer más: si que aquel fuera el día de su muerte o el inicio de un calvario de tratamientos, operaciones y curas, para morir unos días, unas semanas, unos meses después. Un animal tan viejo tiene ya pocas oportunidades.

Apenas dio tiempo a que el veterinario la reconociera superficialmente, aventurando el diagnóstico de un tumor que se palpaba en el vientre, bajo la capa de piel aún espesa y sedosa, pese a la edad. Esperando para hacerle unas pruebas empezaron las convulsiones. No había nada que hacer. El papel que firmamos entre lágrimas ponía «Autorización de eutanasia compasiva».

Nos dieron a elegir entre marcharnos y dejarla en las manos piadosas del veterinario o quedarnos hasta el final. Elegimos estar presentes, aún no sé si para ofrecerle una imposible compañía en el momento de la muerte o para no

quedarnos con la incertidumbre de cómo había sido ese último instante, qué le hicieron.

Todo fue fácil: una vía en la vena para inyectar primero un sedante (estaba tan débil, tan incapaz de sostenerse, que resbalaba sobre la superficie pulida de acero inoxidable de la mesa de operaciones y la patita de la vía se le quedó en una posición inverosímil, como la de un peluche descoyuntado), un ligero vómito de aquella comida que le habíamos dado la noche antes sin saber que era la última vez que comía, una inyección y nada más; ni siquiera un suspiro, un estertor o un movimiento; solo un reguerito dorado de pis que manó suavemente y se extendió por la camilla. El veterinario, profesional, auscultó el cuerpo menudo, que había quedado en la mesa de operaciones desparrado boca abajo, en una posición parecida a la que adoptaba para refrescarse en verano cuando hacía mucho calor. «No oigo el corazón, ya está», nos dijo. La acariciamos y la miramos por última vez: parecía un trapito mojado, pero sus ojos abiertos tenían la misma expresión y el mismo color de ámbar de siempre, no enturbiado por la muerte.

Llorosos, no pudimos no pensar que una muerte así, tan fácil, también la querríamos algún día para nosotros.

De vuelta en casa, hubo que recoger, lavar y empaquetar sus cosas para subirlas al trastero. El lavado iba adquiriendo un sentido ritual, de rito de paso, como si el agua lustral del grifo, a medida que corría, tuviese el poder purificador de irse llevando nuestra pena.

En todos los rincones de la casa empezamos a encontrar cosas que eran suyas; no nos habíamos dado cuenta de que tuviera tantas. Siempre pensamos que los animales no poseen nada, que todo lo que tienen es nuestro, pero entonces nos dimos cuenta de que es al revés: muchas de las cosas que creemos nuestras son, en realidad, suyas, desde el momento en que ellos las usan y para nosotros no tienen ya ninguna utilidad.

Los historiadores usan los testamentos e inventarios de bienes post mórtem que se conservan en los archivos notariales para estudiar cómo era la vida cotidiana en la Edad Media o en los siglos XVI y XVII. Cuando en un inventario de los bienes de un artesano o de un comerciante leemos, entre otras cosas, «una camisa de lino, traída» (es decir, usada), «un lebrillo de barro desportillado», «un pedazo de frazada de lana» o «una llave grande, de hierro», la enumeración de esos pequeños objetos viejos, gastados o aparentemente inservibles nos traslada a una sociedad donde las cosas no eran de usar y tirar, donde, incluso entre la gente que vivía con cierto acomodo, la ropa y los enseres se aprovechaban hasta que se caían a pedazos, donde se guardaban e incluso se heredaban objetos que nosotros consideraríamos inútiles.

El inventario de los bienes de Tris-Tras informa, indirectamente, sobre la vida cotidiana y los usos y costumbres de un gato en una familia de clase media de Europa occidental a principios del siglo XXI. Contiene los siguientes enseres:

- Un cajón con arena, apto para las necesidades fisiológicas de un gato.
- Una palita de plástico para recoger deyecciones de la arena.
- Un paquete de arena para gatos, mediado.
- Un paquete de pienso para gatos, apenas empezado.
- Un tubo de malta para gatos, para evitar la formación de bolas de pelo en el estómago.
- Una caja de transporte de tamaño mediano (que ella odiaba porque solo servía para cosas horribles: ir al veterinario o salir de viaje en coche; en esa caja hizo también su último viaje).
- Un comedero amarillo en forma de cuenco, de plástico, de dieciocho años de antigüedad.
- Una taza de cerámica azul apta para servir de bebedero (era muy señorita y no le gustaba beber agua de

recipientes de plástico).

- Dos tolvas, una apta para servir de comedero y otra para servir de bebedero (tampoco le gustaban, y cuando las poníamos refunfuñaba y daba vueltas en torno a ellas, porque ya sabía lo que significaban: que íbamos a estar unos días fuera, dejándola sola en casa).
- Un cestito tejido con vaina de maíz, artesanal, apenas utilizado (nunca conseguimos que se quedase a dormir en él).
- Una bufanda de lana estampada con dibujos figurativos, elegante pero pasada de moda, apta para ser colocada sobre la mesa telefonera del salón junto al radiador, para dormir la siesta encima.
- Otra bufanda de lana de mohair, apelmazada por un lavado inadecuado, apropiada para colocar en el sofá y dormir la siesta encima.
- Un cojín de tapicería de algodón, con aplicación rectangular de seda bordada, comprado en un bazar chino por dos euros, apto para ser colocado en un sillón y dormir la siesta encima.
- Un cojín redondo, hundido en su parte central, con funda de algodón, apto para dormir la siesta encima.
- Una manta de viaje de tejido sintético, entreverada de pelos de gato de varias temporadas de muda, que no se han podido eliminar en sucesivos lavados ni pasadas de aspirador, apta para ser doblada y colocada en cualquier lugar, a fin de dormir la siesta encima.
- Un collar de terciopelo, con adornos de piedrecitas brillantes de strass, puesto solo en dos ocasiones (en las dos consiguió quitárselo en menos de treinta segundos).
- Un cascabel, no utilizado.
- Una pelota de *ping-pong*.
- Una pelota pequeña, de rayas de colores, de material sintético.

- Un balón de fútbol en miniatura, imitación cuero, de color rosa.
- Un ovillo de hilo de perlé amarillo.
- Una bola hecha con papel de aluminio procedente de diversos envoltorios alimentarios.
- Un carrete de hilo sin hilo, atado con un cordón de goma elástica (servía para jugar).
- Un ratón de tela, con cascabel incorporado, agujereado por varios lugares.
- Una almohaza para acariciar quitando pelos.
- Un peine tipo cuchilla de stripping, útil para la muda de pelo de verano.

Otros bienes no se inventarían, porque fueron donados en vida. Por ejemplo:

- Un refugio de tela acolchada, en forma de iglú, en el que no soportaba estar por ser excesivamente caluroso y que a los pocos días fue donado a otro gato.
- Una silla de oficina con asiento de tapicería desgarrada por el afilado de uñas, que fue donado al Punto Limpio de la ciudad.
- Un prisma forrado de cuerda de esparto, especialmente diseñado para el afilado de uñas, completamente intacto. Fue donado a otro gato que lo dejó, también, completamente intacto.
- Seis o siete fundas de sillón desenfundable, que fueron progresivamente donadas a una ONG que recoge ropa y trapos viejos, a medida que iban siendo hechas jirones por el afilado intensivo de uñas.

Si un historiador del futuro estudiase este inventario, sacaría la conclusión de que se trataba de un gato rico, que poseía abundantes propiedades, tanto de bienes de primera necesidad como suntuarios, suficientemente bienestante como para hacer donaciones a sus iguales (el iglú, el prisma

forado de cuerda de esparto) y a obras de beneficencia (la ONG que recibió nada menos que seis o siete fundas de sillón: una cantidad considerable para la época), y para permitirse el lujo de poseer, por mera ostentación, algunas propiedades que nunca usaba (el cesto de paja, el collar de terciopelo, el cascabel), igual que los nobles del Antiguo Régimen.

El momento en que más la echamos de menos es por la mañana, cuando nos levantamos y alzamos las persianas para que entre la luz del día que empieza. Lo hacemos ahora en un silencio ominoso, en el que solo oímos nuestros propios pasos, el sonido de la persiana al subirse, algún ruido que proviene del piso de arriba o del de abajo (los vecinos también se han levantado y trastean por sus respectivas casas, repitiendo las rutinas domésticas de todas las mañanas) y, sobre todo, el bullicio de los pájaros que pían en las ramas de los árboles del jardín comunitario.

Antes, cuando estaba Tris-Tras, el gesto maquinal de correr las cortinas y subir las persianas iba acompañado de todo un ritual de bienvenida al nuevo día, a la luz del sol que empieza a despuntar: se oía un leve golpe del muelle aterrizaje de unas patas sobre el suelo (¡ploff!); una carrerita, mezcla del tacto gomoso de los pulpejos y el repiqueteo de las uñas sobre el *parquet*, se iniciaba desde alguna parte —desde el sofá, desde una de las sillas cuyo asiento queda bajo la mesa del comedor formando una grata cueva, desde el cojín sobre la cama del cuarto de invitados— y se apresuraba hacia el salón todavía oscuro; la carrera iba acompañada de gritos de salutación, no exactamente de maullidos, sino de unos sonidos casi articulados a un volumen que parecía imposible que saliese de un cuerpo tan pequeño: ah, ah, aaaah, aaaaah (su peculiar saludo al sol: el nuevo día había llegado. Surya namaskar).

Alzadas las persianas, la luz naciente era saludada con más gritos de entusiasmo que acababan, indefectiblemente

te, con un eufórico afilado de uñas en el sillón orejero del salón. La pequeña arpista peluda rasgaba la tapicería —ya deshilachada de jornadas anteriores— con una dedicación que indicaba su gran alegría de estar viva y estrenar una mañana nueva. Luego, sin interrumpir la emisión de alaridos, se dejaba caer de lado sobre la alfombra y exigía, también con gritos entusiastas, que le acariciásemos el bosquecillo de pelos de la tripa. Entonces, mientras sumisos le pasábamos la mano por aquel vientre peludo, diciéndole palabras de bienvenida, aprovechaba para estirarse, así tumbada, con una exhibición de músculos que se marcaban, perfectamente definidos, bajo la espesa piel. A veces su alegría era tanta que acababa por pegarnos un mordisco cariñoso que nos hacía ver las estrellas y nos dejaba durante varios días las marcas agudas de sus colmillos afilados, haciéndonos conscientes de tener en casa una fiera que solo por propia voluntad no ataca.

En nuestras manos estaba, entonces, la facultad de hacer brotar el sol e iluminar el día. Los fines de semana, cuando nos levantábamos un poco más tarde, Tris-Tras reclamaba desde el salón, con gritos imperiosos de enfado, su derecho a estrenar el día a la hora habitual: sin duda la luz estaba allí y nosotros la manteníamos oculta; no habíamos hecho surgir aún el sol porque no habíamos querido, no porque el sol no estuviese disponible, prueba de ello era que la luz se colaba ya por las rendijas de las persianas. Y, sobre todo, el bullicio de los pajaritos en las encinas del jardín mostraba a las claras que el día había empezado ya hacía rato y nosotros, poseedores del poder de iluminar la vida, seguíamos durmiendo. Escuchábamos soñolientos, desde nuestra cama, la murga impotente del animalito que exige que amanezca el día como siempre, a la hora de siempre, como si poseyera un reloj interior: las maniáticas rutinas de los gatos. Luego, cuando nos levantábamos por fin, la encontrábamos un poco enfurruñada, como si nos dijese: «¿Por qué habéis tardado tanto en amanecer?».